

con entusiasmo en el presente y en el porvenir; si es débil, si es cobarde, todos flaquean y cada cual deserta por los vericuetos y senderos del mal. En una familia bien constituida, la bandera de la virtud nunca cae: ni con la muerte queda abandonada entre el fango del camino. Muere el padre; pero la esposa, educada con esos principios que forman á la mujer fuerte del Evangelio, la recoge y la tremola con el mismo ánimo, para guiar á sus hijos y á sus sirvientes, para quienes tiene tambien entrañas de madre: el alma del padre continúa viviendo en el hogar, con sus pensamientos, con sus ideas, con sus tradiciones, con su fe, con su piedad. Y si esa familia es verdaderamente cristiana, todavía aun despues que los viejos y venerables troncos han pasado, el hermano más respetable, si no por la edad, por el saber y la virtud, recoge el pabellon y sigue dirigiendo á sus hermanos con ternura y con amor y bajo las inspiraciones de las ideas y sentimientos del padre comun. Así se forman esas familias en que la honradez es una herencia y el amor fraternal una halaja de abolengo.

De esas familias deseo ardientemente que esté poblado Yucatan, y cuando veo que se conservan las buenas costumbres de antaño me alegro y regocijo en el fondo del alma. Deseo que se conserven para bien de nuestra sociedad y aplaudo á los que las observan con exactitud.

Sobre todo las que son propias de este santo tiempo jamás deben echarse en olvido: la ausencia absoluta del teatro y de las diversiones bulliciosas, el ayuno, la asistencia á la via-sacra, á los sermones y á las pláticas, son obligación que las familias cristianas

se imponen, y se honran en cumplirlas con esmero. Nunca los padres se arrepentirán de su fidelidad en este punto; mas ya entro en una materia que prolongaría demasiado nuestra conversacion y le daría cierto tono de gravedad que no me sentiría bien, á mí que no tengo las condiciones para hacer el papel de mentor. ¿No os parece así queridos amigos míos?

La Semana Santa.

CHARLA CON MIS LECTORES.

Abril 2 de 1881.

Muy queridos lectores míos: la Semana Santa acaba de pasar, y creo que no sin provecho para vosotros que conserváis ardiente la llama de la fe en vuestros pechos generosos, para vosotros cuyos recuerdos más dulces están unidos á las venerables prácticas del culto católico. Sí; no lo dudo un instante: al calor del amor y de la esperanza habréis renovado vuestro corazón y vuestra alma con la firmeza de vuestros propósitos en adherirse á las inmortales creencias, á los elevados é inefables misterios que son la paz y alivio del espíritu humano, y también habréis sentido renacer sentimientos de consuelo, por el esplendor con que se ha honrado á Jesucristo en esta católica ciudad. Al presenciar aquellas muestras de piedad, aquel movimiento del pueblo á impulsos del sentimiento religioso, el respeto y reverencia de aquella multitud prosternada humildemente ante los altares, habréis sentido resonar en lo más íntimo de vuestro ser los ecos de esas palabras mil veces repetidas y que todavía se repetirán hasta la consumación de los siglos: «¿Cuánto se

ama todavía á Jesús en la tierra!» Y si esa tierra es la tierra yucateca, la tierra que guarda aun las venerables huellas de aquellos que sintieron correr por sus venas la misma sangre que corre por las nuestras, si esa tierra es la que escuchó las postrimeras bendiciones y votos de nuestros antepasados, entonces un pensamiento de gratitud, un himno de alabanza y de acción de gracias se eleva de nosotros al cielo por la satisfacción que nos causa tanta y tan incomparable dicha: la dicha de conservar la fe, ese presente de las etéreas regiones, al traves de trescientos años preñados de sucesos, mezcla de alegría y de amarguras!

Recordamos que alguna vez, en años pasados, el recogimiento de la Cuaresma fué perturbado por el ruido de los espectáculos: ahora una idea de grande moralidad, un pensamiento de cultura y de civilización domina en las familias, y es que durante la época que recuerda la vida del Señor en el desierto por cuarenta días, debe cesar toda asistencia á teatros, bailes y demás espectáculos públicos. Esta conducta es merecedora de grande alabanza y se conforma con los delicados sentimientos que son el mejor ornato de las familias yucatecas. Por eso no extrañamos que habiendo comenzado al principio de la Cuaresma una tanda de juegos públicos, dirigidos hábilmente por el Sr. Marín, se hubiesen suspendido por falta de concurrencia: realmente el iniciarlos había sido un desconocimiento completo de nuestras costumbres y prácticas actuales. Y en verdad, la disipacion de los espectáculos poco se aduna con los graves pensamientos de aquellos días, y sería altamente inconveniente asistir, por ejemplo,

una noche al teatro, despues de pasar la tarde en los ejercicios espirituales que desde hace muchos años se practican en la Catedral. No decimos que haya semejanza; pero tal proceder nos traería á la memoria á aquellos picaruelos que encendían una vela en honor de Santa Rita, para que tuviesen buen éxito en sus aventuras de escatimar el bien ajeno.

Los ejercicios espirituales nos traen á la memoria los gratos recuerdos del último finado Obispo de la Diócesis, (1) cuya elocuente palabra hubimos de alcanzar apenas en su época de crepúsculo y decadencia; pero que no por eso dejaba de impresionar fuertemente. ¡Qué sería cuando esa palabra era servida por las brillantes facultades de la vigorosa juventud, á más de la profunda ciencia y del conocimiento perfecto de las sagradas letras! Con razón las enseñanzas emanadas de esa grande inteligencia que tantos años gobernó la Diócesis, se gravaban en las almas como las letras que el buril graba en la piedra y en el bronce: por lo menos, las emociones que sentimos en nuestra niñez al escuchar una ú otra vez su voz solemne, majestuosa y llena de unción, son todavía al presente el óleo purísimo que conserva el fuego de nuestra adhesión á la Iglesia.

En este año, los ejercicios fueron dados por el venerable cura segundo del Sâgrario. Está muy distante de ser un gran orador, y, sin embargo, su palabra es palabra de pastor, que conmueve y hace el bien de una manera sólida y modesta. Tuvimos el gusto de oír varios de sus sermones; pero entre todos, el que tuvo por tema el juicio de Dios nos

(1) El Illmo. Sr. Dr. D. José María Guerra.

parece que reunió todas las condiciones necesarias para conmover á su auditorio y rendirlo á los pies de su Salvador: tocó las fibras delicadas del corazón para despertarle del sueño y arrancarle de la pereza que le aparta de las fuentes de la vida. Aquel santo sacerdote no es el hombre que anuncia con brillo y esplendor la verdad evangélica; es el patriarca que tranquila y reposadamente conversa con sus hijos sobre las cosas de la vida eterna.

No así las conferencias dogmáticas predicadas por el Sr. Canónigo Carrillo y Ancona. La asistencia fué todos los domingos, grande, numerosa. Aquellos hombres de todas edades y condiciones no se cansaban de escuchar aquella elocuente voz, y con puntualidad inglesa se agrupaban todas las noches de los domingos á la cátedra sagrada, para estar pendientes una hora entera de los labios del orador, que manaban ríos de elocuencia ardiente que abrazaba las almas y las encadenaba al bien y á la verdad. La conferencia más preciosa, la del domingo de pascua, no pudo verificarse; y aunque se dió aviso desde la mañana, muchos estuvieron por la noche en Catedral ansiosos de oír la última conferencia de la temporada, y tuvieron que volverse tristes á su morada, sin haber satisfecho su deseo.

Llegó el Domingo de Ramos, poético día que describió con amor y dulzura, que yo envidio, Nestor Rubio Alpuche, poeta elegante y lleno de ternura que consagró las primicias de su talento, como ramo fragante de néveas azucenas, al honor de las glorias de la Virgen María. Fué admirable y grata coincidencia que mientras en la víspera nuestro *Semanario* se engalanó con una obra del eminente

Sierra, rica de piedad y de fe, nuestro apreciable y distinguido colega, *La Revista de Mérida*, diese el lugar de honor en sus columnas á la obra de Rubio Alpuche, impregnada de ese caliente amor á las antiguas prácticas católicas y del estro poético que el visconde Walsh enseñó á descubrir entre su gran majestad. Aquellas ideas engastadas en las elegantes frases de los dos escritores católicos, son la imágen de los sentimientos de la sociedad meridana, el eco de sus aspiraciones, el trasunto más fiel de sus deseos, votos y creencias: por eso, sin duda, el ángel de las nobles inspiraciones insufló la idea de publicar aquel día tan bellos y adecuados escritos: nos alegramos de ello, nos regocijamos con toda nuestra alma, y estamos ya tan acostumbrados á sentir latir nuestro corazón al unísono con los de nuestros queridos lectores, que creemos estar seguros de que todos pensaron y aplaudieron como nosotros.

El Domingo de Ramos, el pueblo cristiano se agolpó en las parroquias á recibir las palmas benditas que recuerdan las puras y entusiastas alegrías de los hijos de Jerusalen que salieron á recibir al Salvador hasta las afueras de la ciudad: las mujeres, los niños y los pobres, la parte más ingenua de la sociedad, salían triunfantes de la iglesia con sus ramos destinados á guardarse con respeto en el hogar durante el transcurso del año, y el cielo, satisfecho de las muestras de humilde fe de las gentes sencillas, hacía descender raudales de gracias que calentaban aun los corazones más fríos é indiferentes, porque en esos días de las grandes solemnidades, creedlo bien, aun las almas que gimen entre las som-

brías y téticas ideas del excepticismo y de la impiedad, no dejan de sentir fugaces y suaves emociones: la luz deleitosa de la fe, el dulce reposo de la conciencia cristiana, las suaves y seguras esperanzas, arrojan ante sus ojos un destello fugitivo que por desgracia ¡ay! sólo les hace sentir vagos deseos de la felicidad de creer, pero que no disipa ese melancólico nublado que les impide distinguir los esplendores indeficientes de la divina verdad: les falta ese sol refulgente que convirtiendo los destellos en día claro y sereno, hace huir las tinieblas de la duda. les falta la oración humilde que nace del corazón; Si al sentir esos relámpagos de luz celestial, se prostrarán ante el Dios de sabiduría y caridad, su alma se iluminaría, la verdad brillaría, y la fe entraría en posesión de sus almas, tiernamente amadas por nosotros, y que cada día deseamos vuelvan á su primitivo destino, al servicio de la verdad y del bien.

Ese domingo es el primer día de la semana santa, impregnada toda de las tristes y solemnes impresiones de la Pasión del Salvador. Ese día comienzan las horas de más ruda y áspera labor para nuestros venerandos sacerdotes, ocupados desde la aurora en distribuir los sacramentos. Quien los ve pasar horas tras horas en el confesonario, ahogados por el calor, agobiados por el cansancio, y sin embargo solícitos en su paciente tarea de mejoramiento moral, de expiación, de purificación de las almas, puede decir si en esa vida no se encierra un sacrificio; puede comprender si esa abnegación se puede llevar á cabo por otra cosa que no sea el amor ardiente é inextinguible á Dios y á la humanidad! Me dan lástima los entes vulgares que tienen odio jura-

do al sacerdocio: al recordar sus eternas críticas, una sonrisa de piedad se dibuja en mis labios, y digo dentro de mí: «no saben lo que hacen,» «ignoran lo que critican.» Mostradme, valientes varones, vuestros actos de sacrificio y abnegación, y entonces podré excusar vuestras apasionadas críticas.

Me acuerdo haber leído un bosquejo del Jueves Santo en Mérida en 1821, hecho por una diestra pluma que será honor perdurable de la patria yucateca. Es un cuadro de suaves y vivos colores, pintado con finura encantadora, en que se oye el eco de las oraciones que resuenan en los templos, se aspira el perfume del eneldo y la albahaca y el austero aroma del incienso, y se siente la tibia brisa que orea las frentes de los cristianos que andan las estaciones. Con ligeras é imperceptibles variaciones es el mismo cuadro que se observó este año en nuestra querida Mérida. ¡Cómo es consolador que á la distancia de 60 años, y en medio de otra generación, se presenten las mismas acciones de piedad! Todavía las calles rebosan de gente, las campanas enmudecen, los instrumentos músicos sólo tienen melodías para la casa del Señor, y los carruajes cesan de rodar por nuestras calles. ¡Ah! la caridad rebosa en todas las almas, y el espíritu de sacrificio es una virtud común en estos dos sacrosantos días. Cuando el Hombre-Dios muere de amor en la cruz, ¿quién puede olvidarse del alma de sus hermanos? Así, ni los pobres cocheros pasan inadvertidos en esos días: su vida transcurre en una tarea ingrata y sin tregua; pero llegan el jueves y viernes santo, y tienen descanso, y su trabajo cesa, y pueden vacar á dar pasto á las facultades morales de su alma, y pueden entre-

garse despacio á los pensamientos de la inmortalidad y de Dios. Y esta costumbre, tan profundamente caritativa y simpática tiene tales raíces en nuestra sociedad, que aun los médicos, que en Yucatán estan todos llenos de caridad y abnegación, dejan sus carruajes y visitan á pié á sus bien amados enfermos.

Este año las comuniones fueron numerosísimas: no pasaban muchos minutos sin que se repitiese la distribución del pan eucarístico en el Sagrario de la Catedral; pero sobre todo era para alabar á Dios ver á los numerosos jóvenes que acudieron á templar sus almas para la lucha de la vida comiendo el pan de los fuertes. No os lo he de ocultar, queridos lectores: la vista de los jóvenes comulgando me seduce, me encanta, me conmueve y me enternece. Yo quiero para mi patria una juventud vigorosa, pura, valiente, generosa, de sentimientos delicados, enamorada de la gloria y del honor, apasionada de la ciencia y de las grandes virtudes, y esa juventud sólo se forma á la sombra de los altares, fortificándose á menudo con la sangre del Cordeño Inmaculado.

Los monumentos estuvieron magníficos y espléndidos por el buen gusto y sencillez de la ornamentación; y á buen seguro que nadie, si no es que tuviese el corazón más seco que el heno que se coje en el verano, habrá salido de nuestros templos sin haber sentido una impresión de ternura, un pensamiento religioso de esos que esparcen la serenidad en el alma. En los momentos en que el estrecho recinto de la iglesia de San Juan de Dios no acertaba á contener la gente que se agolpaba por la noche, llegaron á sus puertas algunas de esas gentes

ingenuas y sencillas de cuya alma brotan poéticos pensamientos como flores nacen de entre las plantas silvestres de nuestros áridos campos: al ver el altar que se destacaba entre nubes, y en medio de la profusión de luces, muchas de las cuales colgaban de imperceptibles hilos, exclamaron gratamente impresionadas: «¡Mira el cielo! ¡Y cuántas estrellas!» Y era verdad: aquel altar hablaba al alma divino y celestial lenguaje, tenía algo de aéreo, de nebuloso, vago y etéreo, algo de esas regiones celestiales, algo de esa atmósfera que nos imaginamos envuelve á los habitantes del cielo cuando bajan á la tierra con los mensajes del Altísimo. Fué una feliz inspiración, y la abundancia de buenos pensamientos que habrá hecho nacer ese precioso cuadro, será mérito para los que le concibieron y llevaron á cabo. El respetable rector y maestros del Seminario, y los jóvenes alumnos, merecen por ello una calurosa felicitación que ya otros colegas de la prensa les han dado, y que nosotros queremos darles con todo corazón.

Las estaciones duraron hasta las diez de la noche, hora en que todavía algunos cristianos remolones llegaban á rendir sus homenajes al Señor. Y ciertamente no por ser de la última hora sus oraciones eran menos aceptables, ni dejaban de recibir su dulce recompensa de religiosos recuerdos y de santos pensamientos.

Bajo la influencia de tales impresiones amaneció el Viernes Santo, día de duelo para la Iglesia y para la humanidad, día de la contemplación del incomprensible anonadamiento de un Dios hecho hombre por amor, harto de dolores por amor, muerto en una cruz por amor, por amor in-

menso, inefable, sublime, supremo, al alma humana, destello de la divina inteligencia; día de llanto del alma, de las humillaciones espontáneas, de la penitencia, de la amargura, del arrepentimiento, de los consuelos y esperanzas, de la oración que se derrama á los pies del Crucifijo. Después de los oficios de la sagrada liturgia sublimemente poéticos y llenos de grandeza, comenzó el Via-Crucis, rezado y meditado por numerosos grupos. Dolorosa gravedad se pintaba en los rostros, y lleno de edificación, contemplé á las virtuosas matronas, á las bellas señoritas, á comerciantes, abogados, médicos propietarios, representantes de todas las clases sociales, prosternados y pegando sus labios y sus frentes al suelo, impulsados por santas emociones, buscando el progreso moral de sus almas en la humildad de la penitencia, y hollando con noble intrepidez los respetos humanos, mucho más temibles á veces que las balas que cruzan en los campos de batalla. ¡Alabanzas y bendiciones para esta ciudad de Mérida que con valentía sabe seguir el sendero de la civilización! A la hora del trabajo suda y se fatiga bajo las arduas faenas, se da tiempo para cultivar las ciencias y las letras, y en los momentos destinados á la oración y á la penitencia sabe dejar de la mano un instante los instrumentos del trabajo, para elevar sus ideas y sentimientos al cielo, al seno de su Dios.

El día transcurrió distribuido entre la asistencia á las Tres Horas, la procesión del Santo Entierro, (que antes se desarrollaba espléndida á lo largo de nuestras calles y que ahora se comprime entre las paredes de nuestra Catedral), y las estaciones de

la Virgen que comenzaron á las nueve y terminaron á las doce y media de la noche. Las estaciones de la Virgen! ¡qué dulce devoción! devoción que consiste en la compañía que se hace al duelo de la más amorosa y tierna de las madres; el participio que se toma en sus desgarrantes angustias después de la muerte del hijo más bueno que ha nacido bajo del sol; el pésame más cariñoso que puede darse á un ser que se ama con predilección! A la luz argentada y suave de la luna caminaban en silencio aquellos grupos que llevaban consigo el pesar, y entraban á los santuarios alumbrados tenue y debilmente, respirando todos tristeza solemne. El principal grupo de los caballeros era numerosísimo, pasaba de doscientos; pero nos cuentan que el grupo de señoras llegaba á seiscientas personas. No nos sorprende: las mujeres serán siempre fieles imitadoras de María Magdalena en el amor, amor admirable, ardiente, intrépido á Jesús, que las hace capaces de los más grandes sacrificios, y que les facilita la grande y santa misión de conservar y fomentar en derredor suyo, por medio del ejemplo y la persuasión, el encanto de las virtudes cristianas y la adhesión á la fe católica. Seguid, amables é inteligentes señoras de mi patria, dando el ejemplo de amor al Salvador, y confiad firmemente que nosotros, pobres hombres que á veces somos débiles y vacilantes, abrazaremos con ardor siempre la tarea de nuestro perfeccionamiento moral por la cruz del Salvador. Dios os ha dotado de unas manos preciosas, de suerte que cuando sembráis con cuidado y asiduidad la simiente del bien, la planta nace y crece, y si á veces los vientos del mundo la marchitan y

secan sus hojas y sus frutos, la raíz conserva savia vivificante que, con riego oportuno, retoña y produce brotes de lozano vigor que alegran al cielo.

La mujer cristiana.

CHARLA CON MIS LECTORES.

Mayo 21 de 1881.

Queridos lectores míos: tanto me habían alabado las pláticas doctrinales que el Sr. Canónigo D. Norberto Domínguez, predica todas las tardes de este mes, en la antigua iglesia de la Compañía de Jesús, (en cuyas bóvedas en otro tiempo resonó la voz del padre Alegre, célebre literato Jesuita), que no pude resistir al deseo de escucharlas: y ciertamente recibí grata satisfacción. Las pláticas son instrucciones familiares, predicadas con límpida sencillez, con inteligencia y con amor: creó que todo el auditorio debe de sacar de ellas provecho copiosísimo. La materia es importantísima: versa sobre los deberes de las mujeres en la sociedad cristiana, sobre las virtudes que deben cultivar en su corazón, sobre la obligación de desarrollar sus facultades, para cumplir con éxito lo que deben á Dios, á la sociedad, á sus esposos, á sus hijos, á sus hermanos, á los pobres y á sí mismas. Me causaron las pláticas una sorpresa tanto más agradable cuanto que venían á corresponder á un pensamiento, á una idea, que tiene para mí singular atractivo, que me apasiona y arrastra: la instrucción de la mujer, el desarrollo de su inteligencia de una manera adecuada y progresiva. Me estomagan esos que tan alto pregonan que nosotros los

católicos no somos partidarios de la ilustración de la mujer: contra esas declamaciones protestan de consuno el buen sentido y la historia, y, más que todo, los honrosos y nobles precedentes que se encuentran en el cristianismo. No citaré los nombres de las innumerables mujeres de grande inteligencia y de renombrada ilustración que han vivido en todas las épocas de era cristiana: no mencionaré á las grandes escritoras que han dado timbre y gloria á su patria con sus luminosos escritos impregnados de catolicismo: bástame traer á la memoria los grandes trabajos intelectuales á que se entregaban las religiosas en los monasterios de la edad media: bástame recordar la variedad de conocimientos que distinguía á las mujeres eminentes de los tiempos de San Luis y de Felipe el Hermoso en Francia, y de Fernando el Católico en España, y la asiduidad con que Carlo Magno procuraba que sus hijas asistiesen á las científicas lecciones del monje Alcuino.

En realidad de verdad, desde que el cristianismo realzó la condición de la mujer, elevándola y glorificándola para que pudiese cumplir mejor su misión social, todos los obispos, todos los sacerdotes, todos los católicos entendidos han procurado con esfuerzos sin cesar renovados inclinar á las mujeres cristianas al trabajo intelectual, á la utilísima costumbre de aplicarse á adornar, á ilustrar y enaltecer su inteligencia con la adquisición de conocimientos sólidos, que hagan de ellas mujeres inteligentes, juiciosas, atentas, instruídas en todo lo que les conviene saber para dirigir con acierto sus familias. San Gerónimo se ocupó en esta obra en sus admirables cartas, que nunca serán suficientemente

apreciadas y leídas por las mujeres cristianas; Fénelon, con su incomparable dulzura, ha trazado en su inmortal libro sobre la educación de las niñas las obligaciones de las madres en este punto de gran trascendencia; por último, el eminente Obispo de Orleans, Mr. Dupanloup, el gran propagador de la educación pública, ha consagrado las luces más esplendorosas de su genio á abogar por la instrucción de la mujer, y á excitar entusiasmo por educarla primorosamente.

Pero en esta materia es preciso apartarse de extravíos lamentables, de ilusiones generosas, pero vacías é inútiles. Muchos abogan por la ilustración de la mujer, y quisieran que se atestase su inteligencia de una multitud de conocimientos superficiales, de erudición á la violeta, para hacer vana ostentación en las ocasiones propicias para lisonjear la vanidad; que aprendan un poco de idiomas, un poco de literatura, un poco de historia, un poco de ciencias, hasta los quince años; que lean novelas y comedias á pasto hasta los cincuenta ó sesenta, y que se tomen ciertos aires de independencia masculina: semejante sistema es hoy atacado por todos los grandes maestros de la educación como altamente pernicioso tanto para la mujer como para el hombre. Sé que la historia, la gramática, las letras, las artes y las ciencias, pueden contribuir todas para el desarrollo intelectual, porque todas ellas son del dominio de la inteligencia de la mujer, según sus facultades ó aptitudes; pero es preciso que se aprendan de una manera sólida, ordenada y adecuada á las condiciones y situación de la vida á que cada cual está destinada en el mundo.

La educación tiene por principales medios, para llegar á su fin, la piedad, la instrucción, el método y los cuidados físicos é higiénicos. La instrucción, pues, como medio de educación, debe utilizarse en todas las épocas de la vida, y no hay tiempo en que no sea conveniente emplearla. A lo que debe tenderse, pues, es á crear en el alma esa afición decidida á instruirse, á la lectura de libros serios, al empeño por desarrollar la razón, el juicio y el criterio. A mi juicio, ninguna mujer cristiana debe dejar pasar un día sin consagrar algún tiempo al cuidado de ilustrar su inteligencia: así como hay tiempo destinado en una vida metódica para las diferentes ocupaciones, las lecturas serias deben también encontrar su pequeño lugar, y á la manera que se cuenta de un emperador que no acertaba á acostarse por la noche sin haberse dado cuenta de alguna obra buena ejecutada en el transcurso del día, así las mujeres cristianas, si no me equivoco, jamás deben entregarse al descanso sin haber alimentado su inteligencia con el pan de la verdad que debe estar para ellas, lleno de atractivo y de simpatía. ¡Oh! y si esa lectura fuese una lectura reflexiva y meditada, si se diesen cuenta perfectamente de las ideas y pensamientos que encuentran en los libros que leen, si tomasen la pluma y fijasen en su cuaderno de memorias los pensamientos y sentimientos que la lectura hace nacer en sus almas, ¡cuán pronto llegarían á proveerse de un tesoro precioso, que las ayudaría eficazmente en todas las circunstancias de su vida! Las facultades del alma se perfeccionan y progresan con el ejercicio y con el cultivo, y me parece que no hay mejor medio de cultivarlas que

la práctica de la lectura hecha de esta manera: la memoria, el juicio y la reflexión van adquiriendo insensiblemente tal pulimento, que cada día son más admirables sus frutos. Como dice Balmes, no tanto se deben leer muchos libros, sino leer mucho; y leer mucho es leer con reflexión, meditando, pensando y parando bien la atención en lo que el escritor se propone manifestar y desenvolver. Tarea es esta que requiere bastante esfuerzo, bastante brío, bastante vigor, pero que no creemos sea superior á las fuerzas de la mujer cristiana, dotada por Dios de un entusiasmo y de un ardor por todo lo que es noble, justo, espiritual y generoso, de una perseverancia indomable para alcanzar aquello que cree ser necesario para su felicidad. Y ¿qué cosa más noble y más indispensable para la dicha que el cultivo de las facultades intelectuales?

Yo conozco una madre de familia que guiada por el instinto maternal, pudo llegar á desenvolver su inteligencia de una manera bastante acertada: sin haber adquirido todos los conocimientos que ahora se pueden adquirir en las escuelas, y que deben servir de base para nuevos estudios, se propuso aprender con sus hijos é ilustrarse juntamente con ellos, enseñándolos y tomándoles las lecciones: de esta manera el nivel de su inteligencia fué elevándose gradualmente. Podríaís haberos complacido agradablemente observándola dedicarse con delicadeza y con ternura, mezclada de firmeza, á vigilar que sus hijos aprendiesen sus lecciones. Ella, que como dice Mr. De Maistre no sabía si Pekin estaba en Europa, y si Alejandro Magno pidió la mano de una sobrina de Luis XIV, tomaba sin embargo el libro de geografía

ó el libro de historia, fijaba los ojos en el plano, y con admirable paciencia tomaba las lecciones á sus hijos, y jamás permitía que fuesen á la escuela sin estar segura de que la sabían perfectamente de memoria. ¡Qué os diré! Ella que no sabía ni siquiera decir con perfeccion el Gloria Patri, empuñaba el libro de latín y tomaba la lección como bien pudiera hacerlo un profesor! ¿Cuál fué el resultado? Aquella modesta señora, que al principio estaba en mantillas en materia de instrucción y de saber, fué elevándose poco á poco, aprendiendo más y más, y desarrollando sus facultades intelectuales, á la par que ayudaba y asistía al desenvolvimiento de las de sus queridos hijos; y cuando más tarde, transeurridos algunos años, los niños se convirtieron en jóvenes y buscaban en sus conversaciones algo más serio y más grave que lo que ocupa los entretenimientos infantiles, encontraban en su madre también conversaciones graves y elevadas, admiración y entusiasmo por la ciencia, consejos llenos de persuasión, de dulzura, de inteligencia, de abnegación y de gracia, que aquella madre cristiana sacaba de su inteligencia despejada y perfeccionada por la instrucción, y de su corazón santificado por una piedad sólida que le hacía buscar el amor de Dios en el cumplimiento exacto del deber y en el sacrificio por el bien.

Aquella señora ejercía grande y merecida influencia en los corazones de sus hijos, y lo había conseguido porque educándolos se había educado á sí misma. El notable escritor francés Paul Feval, el ilustre convertido ha dicho: «cada día que pasa debemos convertirnos de nuevo á Dios,» y á ejemplo suyo digo yo que desde que el hombre nace hasta que